

AUGUSTO FERNANDEZ DE AVILES

La cueva funeraria, eneolítica, de la «Loma de los Peregrinos», en Alguazas (Murcia)

NOTICIA DEL HALLAZGO

La prensa local de Murcia dió cuenta, el 20 de Enero de 1933, del hallazgo casual de este yacimiento. Como en tantas ocasiones, fué la reja del arado la que actuó de imprevisto instrumento arqueológico, hundiéndose en el terreno o encontrando resistencia que motivó una intervención del labrador para salvar el obstáculo. Quitada con el azadón la tierra, resultó ser una losa que cubría la entrada, de medio metro aproximadamente de anchura, de una concavidad en cuyo interior había restos humanos e industriales.

Imaginando, sin duda, los consabidos tesoros, el descubridor prosiguió dentro sus excavaciones con las naturales consecuencias para la integridad de los esqueletos y ajuar, que aún sufrieron más por las visitas de numerosos curiosos del pueblo en días sucesivos y a horas en que no podía ejercerse la vigilancia dispuesta por el Alcalde de Alguazas, quien, mientras resolvía el Gobernador Civil, había dispuesto fuese tapada la entrada de la cueva con piedras y restituído todo a la forma en que apareció.

Cuando acudimos al lugar, en la tarde del mismo día de publicada la noticia, pero transeurridos ya nueve desde que acaeció el hallazgo, el daño estaba hecho y sólo cupo inspeccionar la cueva,

recoger informaciones y trasladar al Museo Provincial los objetos conservados por algunos particulares (1).

El propósito de repetir la visita para documentar gráficamente la cueva, examinar con detenimiento la tierra revuelta y observar los alrededores, no pudimos llevarlo a cabo; limitándonos, también, en el Museo, a catalogar y fotografiar someramente las piezas ingresadas. Quedaron, pues, sin trazar los dibujos y sin anotar las características del material, pátina, etc., en espera de momento oportuno, que no llegó.

LA CUEVA

La «Loma de los Peregrinos» es un pequeño repliegue enclavado en una finca distante un par de kilómetros al Noroeste de Alguazas y propiedad del citado Sr. Alarcón; la cueva está situada en la falda de la loma, en terreno duro calizo, que, aunque poco accidentado, deja suponer la existencia de otras concavidades semejantes.

Sobre la disposición de la entrada no tenemos más datos que el de su angostura y su cierre por una o más piedras, totalmente desplazadas en ocasión de nuestra visita. En todo caso, se trata de una cueva natural, de planta ligeramente ovalada de unos 5 metros de longitud en su eje mayor y 1'50 metros de altura máxima, decreciente hacia los bordes, lo que produce una techumbre irregular a manera de bóveda, mientras que el piso, horizontal, está cubierto por una capa de tierra, probablemente de bastante espesor.

Nada encontramos en nuestra rápida investigación, tanto a causa del despojo antes referido como de la falta de medios adecuados; pero es de suponer que numerosos objetos menudos habrán pasado inadvertidos a los rebuscadores, como se desprende del conjunto industrial exhumado, en el que se echan de menos elementos integrantes de otros yacimientos coetáneos.

Lo que es indudable es que la cueva tenía el carácter de enterramiento colectivo, si bien hay distintas versiones en cuanto al número y disposición de los esqueletos y ajuar. Según las primeras noti-

(1) De la inspección realizada en unión del Secretario de la Comisión de Monumentos, D. Andrés Sobejano, publicó un reportaje LA VERDAD del 21 de Enero, haciéndose además una reseña descriptiva a petición de la Associated Press. Conste nuestro reconocimiento a las autoridades de Alguazas por su eficaz colaboración, así como al Sr. Cura, D. Jesús García, al Dr. Ayala y a don Francisco Alarcón, dueño del terreno, que amablemente cedieron al Museo los objetos a que más adelante nos referimos.

cias de prensa, los individuos sepultados vistos por el autor del hallazgo eran cuatro, sin precisar su colocación; o bien, se indica que estaban hacinados en un rincón, casi intactos, pero sin expresar su número (1).

Por lo que nos dijeron en el lugar, versión que recoge el reportaje arriba aludido (2), el descubridor encontró en el interior «un buen número de esqueletos —él suponía que se elevaban a diecisiete o dieciocho—, colocados unos sobre otros, en el centro de la cueva y en posición de medio lado, con las piernas y brazos encogidos». Destruídos completamente, como hemos dicho, el médico del pueblo conservó algunos restos óseos, tales como dientes, trozos de parietal, fémures, etc.; pero todo tan fragmentado, que no le permitió deducir ninguna conclusión.

EL AJUAR

Tampoco determinan las primeras comunicaciones la situación de los utensidios hallados en relación con los cadáveres; sólo «La Verdad» del día 21 dice que «una porción de objetos de piedra y barro» estaban «alrededor» de los mismos, expresando también la destrucción de muchas vasijas.

Los restos del ajuar, según queda dicho, hubimos de buscarlos en el pueblo mismo, donde continuaron algunos en poder de las personas que con tanta amabilidad nos atendieron (3); pero la mayoría ingresaron en el Museo de Murcia, y a ellos se contrae nuestro estudio.

I.—Material lítico.

Compónese de dos grupos de objetos: Hachas de piedra y diversos útiles de sílex: hojas de cuchillos y raspadores, sierra, puntas de flecha y hoja de puñal.

Las hachas (lám. I) donadas al Museo por los Sres. García, Ayalá y Alarcón, son diez, en su mayoría de ofita, de moderado tamaño, predominando los tipos alargados de sección circular, si bien

(1) LA VERDAD y EL LIBERAL, respectivamente (20 Enero).

(2) «El descubrimiento arqueológico de Alguazas», LA VERDAD, 21 Enero.

(3) Dado el tiempo transcurrido, no recordamos particularidades de tales objetos, pudiendo suponerse, por ejemplo, que entre las flechas acaso existirían tipos distintos a los ingresados en el Museo de Murcia, y que no faltarían tampoco los ordinarios objetos de adorno, como brazaletes, collares de distinta especie, etc., de los que, en efecto, se han recogido algunas cuentas.

hay alguno achatado; otro ejemplar trapecial, incompleto, de bordes rectos, debió ser enmangado como azuela. Casi todas las piezas presentan grandes señales de uso y de sucesivos reaguzamientos del filo, ostentando alguna intenso pulimento.

Las hojas de sílex (lám. II), más o menos completas, que han sido entregadas por los Sres. Alarcón y Ayala, alcanzan el número de diecisiete, además de tres pequeños fragmentos. El material, generalmente patinado, varía desde el color blancuzco al oscuro, existiendo junto a ejemplares de notable finura de ejecución, con su inflexión típica, otros torpemente esbozados que incluso conservan restos de la corteza; la misma diversidad hay en el tamaño, que llega, en la pieza mayor, hasta 158 milímetros.

Es corta la serie e incompleta la tipología de las flechas (lámina III, 1-5) cedidas por los dos citados señores. Redúcese a cinco ejemplares labrados en general con exquisita finura, correspondientes a tipos romboidales y foliformes. Señalemos como normales las dos características hojas de sauce (núms. 2 y 4) y la romboidal de ángulos aguzados (núm. 1), acaso la de más delicado retoque; en cuanto a las dos restantes, son de advertir las incipientes aletas de la minúscula punta núm. 3 y el estrangulamiento de la romboidal de ángulos romos núm. 5.

Cierran dignamente el conjunto lítico de esta cueva dos piezas de sílex muy notables, entregadas, respectivamente, por el Sr. Cura de Alguazas y por el propietario del terreno. La primera (lám. III, 9) es una sierra tallada en una sólida lámina rectangular de sección ligeramente biconvexa y de gran regularidad, en lo que puede juzgarse del fragmento conservado, comprensivo sin duda de la mayor parte de la pieza; fuertes retoques ocupan toda su extensión por ambas caras, salvando en una de ellas cierta porción de la corteza.

La otra pieza es una preciosa hoja de utensilio apuntado (lámina III, 6), labrada en sílex brillante con la mayor perfección. Como las flechas y el serrucho descritos, sus superficies —sin espina longitudinal— se hallan totalmente retocados, logrando así un aguzamiento de filo y punta que la hace apta como arma inciso-punzante. Dos muescas dispuestas simétricamente cerca de la base redondeada, indican el procedimiento de enmangue, mientras que la anchura de aquélla, mucho menor que la del cuerpo de la hoja, descarta la idea de una alabarda, por su solidez y tamaño, en fin, nos inclinamos a considerarla más bien como hoja de puñal que de jabalina.

Este instrumento, el más importante de todo el ajuar de Alguazas, pertenece a ese género de objetos de sílex antecesores y mode-

los de sus equivalentes metálicos, como la magnífica hoja de puñal, lanza o jabalina del «Cau d'en Serra» (1), el puñal de Gádor, en la colección Siret (2) o la alabarda de Garrovillas, en el Museo Arqueológico Nacional (3), entre otros ejemplares portugueses y franceses que podrían citarse.

II.—Utensilios de hueso y metal.

Aunque sólo existen sendas piezas de cada materia, tienen un valor representativo en el cuadro de hallazgos, siendo la segunda de ellas, además, decisiva para la fijación cronológica del mismo.

Ambas son punzones: el de hueso (lám. III, 7), acaso de rumiante, partido por la mitad y de dimensiones modestas, no tiene ninguna característica especial, apareciendo iguales, como se sabe, en épocas variadas y por supuesto en todo este ciclo neoneolítico. El de cobre (lám. III, 8) es una excelente pieza perfectamente conservada, de sección cuadrangular y anchura creciente hacia la base, apuntada lo mismo que el otro extremo (4). Es idéntico al que, procedente de Ciempozuelos, se conserva en la Academia de la Historia, y a los de estaciones almerienses, cual la de Campos, en la colección Siret (5).

III.—Cerámica.

Únicamente han podido salvarse dos vasos de distinto tipo y algunos fragmentos sueltos de barro, entre las «muchas vasijas» que aparecieron: unas catorce, según concretaron nuestros informantes.

La vasija pequeña —8 cm. de altura por 9 de diámetro— adopta la típica forma de casquete profundo con los bordes prolongados casi verticalmente y con un botón en su tercio inferior para facilitar su manejo (lám. IV, 1). Está toscamente modelada a mano, observándose las huellas digitales en la mal cocida pasta. Salvo un des-

(1) S. Vilaseca: «El Cau d'en Serra». AMPURIAS, II (1940), lám. V, fig. 1. Sólo una de las caras aparece retocada, estando, además, tallada a dos vertientes.

(2) C. de Mergelina: «La estación arqueológica de Montefrío (Granada). I. Los dólmenes». BOL. S. A. ARQ. VALLADOLID, VIII (1942), fig. 4, núm. 6.

(3) H. Schmidt: «Estudios acerca de los principios de la Edad de los Metales en España». COM. I. P. PREH., 8 (1915).

(4) El punzón de hueso fué cedido por el Sr. Alarcón; el de metal —no mencionado en ninguna reseña periodística, a diferencia de aquél— lo ignoramos, y hasta creemos recordar que nos lo entregaron como cosa moderna, por su buena conservación; pero su antigüedad es indudable y lo incluimos aquí sólo con esa tenue reserva de procedencia.

(5) H. y L. Siret: «Les premières âges du métal dans le Sud-Est de l'Espagne». Anvers, 1887, lám. II.

conchado al lado opuesto al pezón, se conserva en buen estado, habiendo sido donada por D. Jesús García.

El otro recipiente (lám. IV, 2), entregado por D. Francisco Alarcón, es un cuenco semiesférico, también a mano, de 11 por 20,5 cms., en barro cocido ordinario con manchas negras del fuego; está incompleto, por fractura reciente.

Por último, de los dieciséis fragmentos sueltos cedidos por los tres señores nombrados, se puede apreciar, en los más grandes, que pertenecieron a casquetes de forma, dimensiones, barro y técnica iguales al descrito en primer lugar; todos ellos enteramente lisos, excepto un trozo que muestra, junto al borde, una franja decorativa punteada de orificios circulares dispuestos en tres líneas irregulares (lám. III, 12). Formas, éstas, de casquete esférico y ovoideas, frecuentísimas durante una larga época (1); y sistema decorativo tan elemental que podrían alegarse multitud de casos, cual el fragmento del poblado de La Gerundia (2), el de la cueva de la Moreva, los de la galería cubierta de Puig Roig (3), etc.

IV.—*Objetos de adorno.*

La presunción de la existencia de objetos de esta especie se comprueba por el hallazgo (4) de un «trozo de collar», conservado por el Dr. Ayala, sobre cuya naturaleza no podemos dar más detalles.

CRONOLOGIA

Pese a las limitaciones ya explicadas, el conjunto del material descrito y el que en buena lógica puede suponerse le completara, así como las condiciones en que apareció, permiten situar culturalmente nuestra cueva y establecer paralelos, innecesarios por conocidos, en la región levantina y suroriental (5).

Sin las anomalías de otros yacimientos al estilo de la cueva de

(1) J. Serra Vilaró: «El vas campaniforme a Catalunya. I. Les coves sepulcrales eneolítiques». Solsona, 193. fig. 26.

(2) Siret, ob. cit., lám. I, 127.

(3) S. Vilaseca: «La industria del sílex a Catalunya...». Reus, 1935, fig. 102.

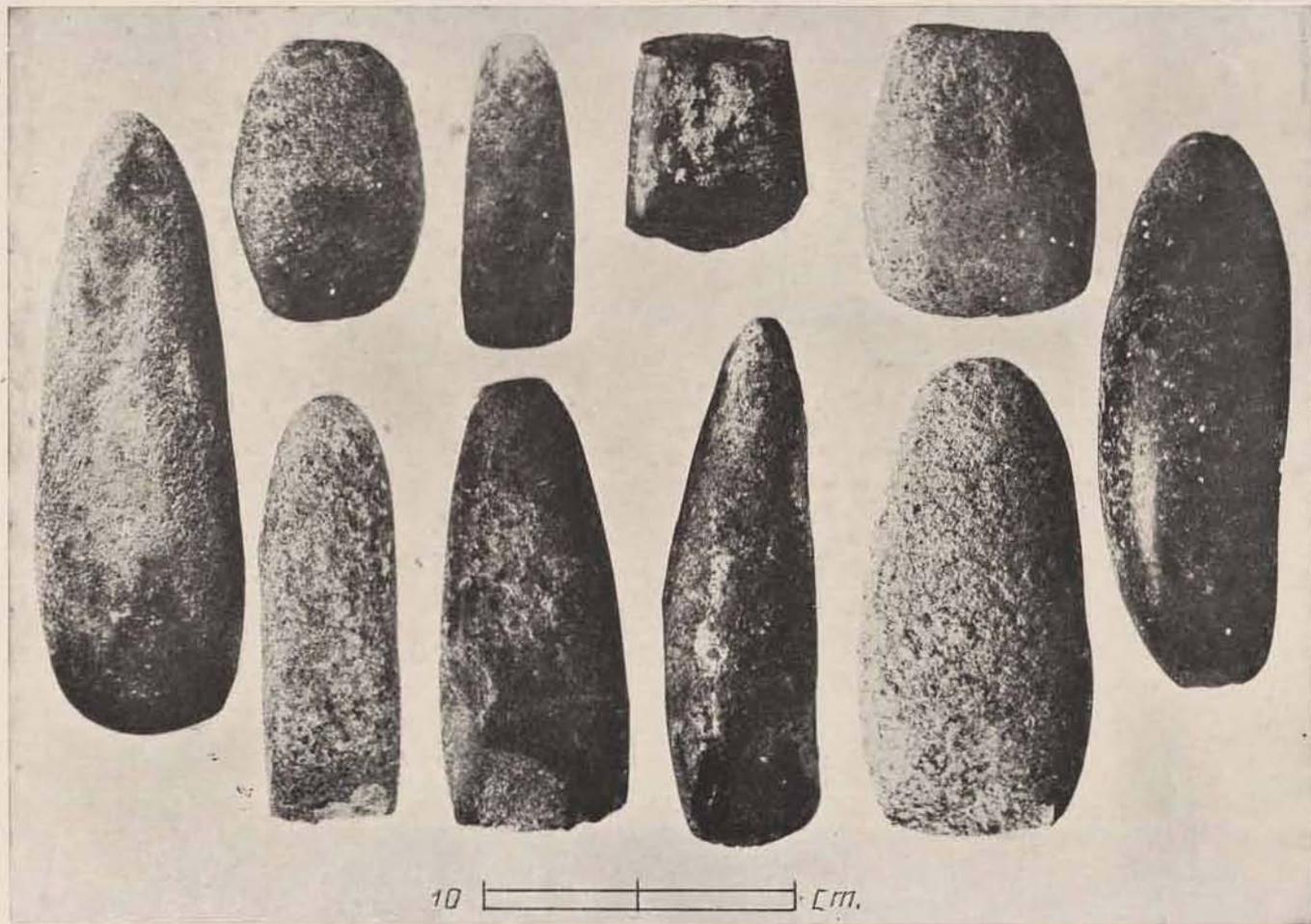
(4) L. Pericot: «Exploraciones dolménicas en el Ampurdán». AMPURIAS, V (1943), fig. 7.

(5) Por lo que se refiere a estaciones del comienzo de la Edad de los Metales, en la provincia de Murcia, pueden verse además de las publicadas en la obra citada de Siret, las señaladas por J. Cuadrado: «Noticia sobre algunos yacimientos prehistóricos en la provincia de Murcia». BOL. MUSEO P. B. ARTES, Murcia, 1935, núm. XIII, pág. 30.

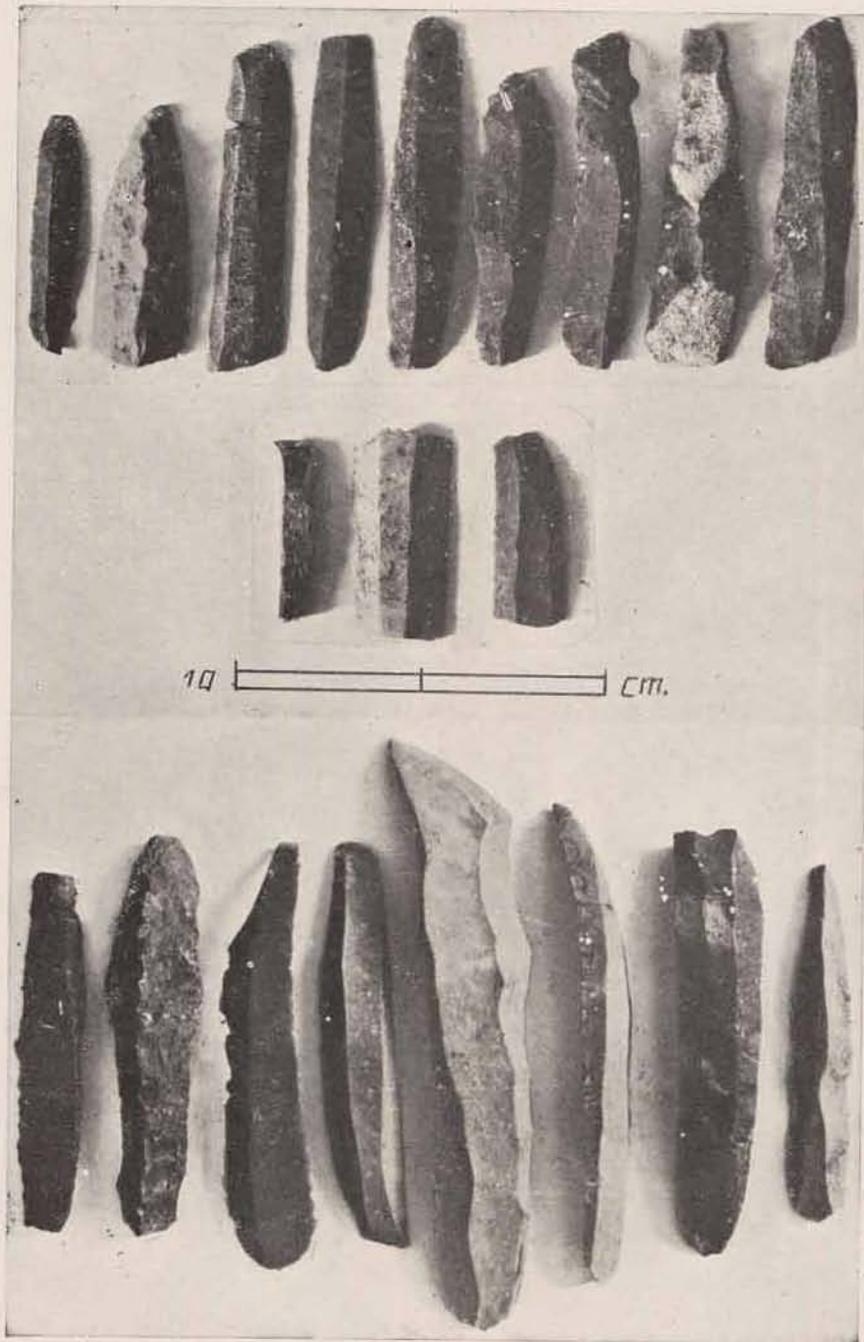
«Camí Real», Albaída (1) —cuyo probable carácter de osario, justifica aquéllas—, la perfección técnica que acusan principalmente las puntas de flecha, la sierra y la hoja de puñal, y la presencia misma de ésta y del hermoso punzón de cobre, nos dan un índice cronológico bastante avanzado, ya en pleno Eneolítico, al que no se opone ni la tosquedad de ciertas hojas, ni la simplicidad de la cerámica, ni la posiblemente falsa ausencia de tipos más evolucionados en la tipología de las flechas.

Tal vez un reconocimiento del terreno produciría, aparte de nuevos elementos de juicio en el interior de la cueva, el descubrimiento de enterramientos análogos, dando base para buscar en sus proximidades el poblado correspondiente a esta supuesta necrópolis eneolítica de la «Loma de los Peregrinos».

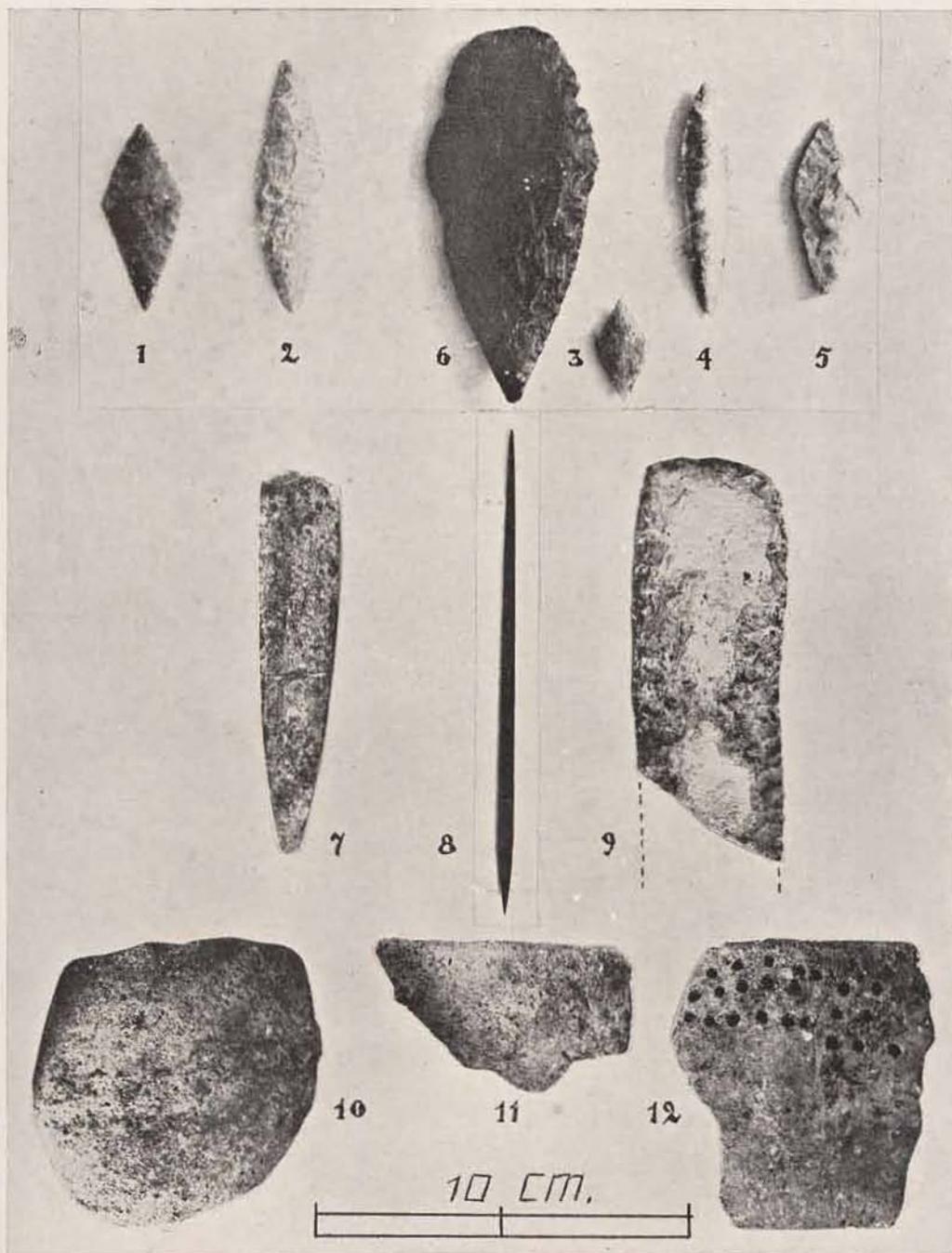
(1) I. Ballester: «La covacha sepulcral de «Camí Real». ARCH. PREH. LEVANTINA, I (1928)



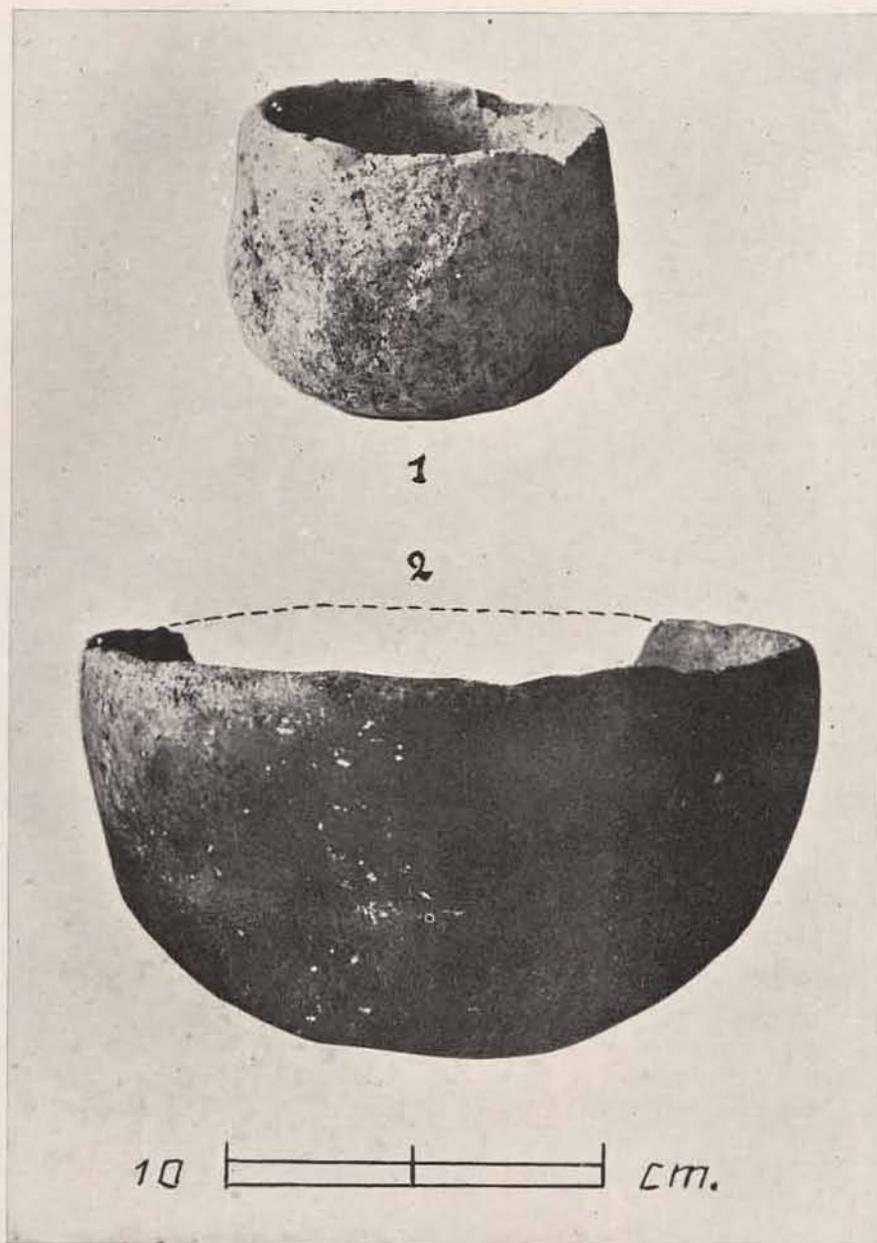
Hachas pulimentadas



Hojas de sílex



1/5, Puntas de flecha, 6, hoja, y 9, sierra, de sílex; 7; punzón de hueso; 8; punzón de cobre; 10/12, fragmentos cerámicos



Recipientes cerámicos